

El rey miró á Catalina durante algunos instantes con profundo asombro; dudaba si debía enojarse contra su atrevida respuesta; pero halló á la jóven tan hermosa, tan encantadora, tan seductora, que tomó el partido de sonreirse con satisfaccion, y respondió:

—Esa respuesta me basta, noble lady, y en prueba del convencimiento que tengo de vuestra virtud, os pido vuestra mano y os ofrezco mi trono.

Catalina se habia reanimado algun tanto; comprendiendo que su timidez habia alentado al rey, le miró resueltamente y le dijo:

—El honor que V. M. me dispensa es muy grande, sin duda; pero creo que hay ménos peligro en ser la querida de V. M., que en ser su esposa.

—Vos sereis lo uno y lo otro, repuso el rey con galantería.

Como se vé, la chanza de Catalina, que podia haber costado la vida á cualquiera otra mujer que la hubiese empleado, no hizo otra cosa que prenderle completamente, en la boca de aquella virtuosa é intachable jóven, cuya reputacion era tan inmaculada y tan pura.

## X.

Quando el rey partió con su comitiva, Catalina Parr, llena de angustia y de desesperacion, se encerró en su oratorio y se entregó al más amargo llanto.

Despues de algunas horas, pasó á su cuarto y escribió á lord Seymour la siguiente carta:

«El presentimiento que yo tenia de alguna desgracia y del que esta mañana os hablé, se ha cumplido.

»El rey acaba de pedir mi mano.

»Yo no puedo resignarme al sacrificio de mi dicha, sin hacer algo para evitarlo.

»¡Venid, Tomás!

»Os he dado mi palabra; por cumplirosla, arrosstraré, si es preciso, la cólera del rey.

»Si quereis, nos casaremos al instante, segun me proponíais esta mañana.

»¡Oh, Seymour! aconsejadme, decidme lo que debo hacer.

»Buscad un medio de salvar nuestro amor.

»Yo me someto, desde ahora, á todo lo que decidais.

»La expatriacion con vos, el destierro, me serán mucho más gratos que la corona real.

»Venid y no tardeis, pues se trata de vuestra dicha y de la de

CATALINA PARR.»

Seymour recibió en Lóndres la carta de Catalina; pero en el camino habia ya tomado su resolucion.

La cólera, que en un principio sintió al verse arrojado por el rey de la presencia de Catalina, se disipó muy pronto.

Egoista y ambicioso, se dijo que, con un rival como Enrique VIII, que disponia con tanta ligereza como facilidad de las cabezas de sus esposas, de sus favoritos y de sus parientes, no era prudente la lucha y resolvió cederle el campo.

—«Señora, contestó á Catalina, cuando pretendi vuestra mano, me hallaba muy distante de comprender el alto honor que S. M. os reservaba.

»No cumpliria con mis deberes de vasallo leal, ni os daria una prueba de mi adhesion, si interpusiera el menor obstáculo á su real voluntad, privándoos de una honra y de una elevacion de que sois tan digna por vuestras virtudes y belleza.

»En compensacion á mi sacrificio, sabré con inmensa alegría la realizacion de vuestro matrimonio que ha de asegurar la felicidad del mejor de los reyes, y vuestra propia dicha.

»Yo parto para el continente.»

Aquella fria y política carta fué entregada á Catalina en presencia del rey, quien, desde su aparicion en el castillo, iba todos los dias á visitarla.

Enrique se la pidió; presentósele Catalina, la leyó y quedó completamente satisfecho.

Lady Latimer era libre, bien á pesar suyo.

Su alma delicada, herida en sus más caras afecciones, le dijo que no debia exponerse por un ingrato á las iras del rey, que habria de sufrir sola, y se resignó á la suerte que no le era dado evitar.

Los preparativos para el régio enlace se hicieron con la mayor rapidez.

Crammer dió una dispensa por la cual autorizaba, bien ó mal, que la ceremonia del casamiento *se celebrase en cualquiera iglesia ú oratorio, sin necesidad de amonestaciones y eximiendo á los régios cónyuges de todas las formalidades prescritas en consideracion á razones concernientes al honor y la prosperidad del reino.*

Dos dias despues, Catalina Parr cambiaba sus vestidos de luto por las galas nupciales de reina de Inglaterra.

La ceremonia se verificó en Hamptoncourt, residencia favorita de Enrique.

Gardiner, obispo de Winchester, dió la bendición á los dos esposos.

Los lábios de Catalina palidieron al pronunciar el sagrado *sí* que remachaba para siempre su cadena, y un temblor convulsivo la agitó cuando recibió el anillo nupcial de la misma mano, que en el intervalo de pocos años, habia firmado la sentencia de muerte de sus dos esposas.

El rey, queriendo darle una prueba de consideración, ordenó que se hallasen presentes al casamiento sus dos hijas María é Isabel, y su hijo Eduardo, príncipe de Gales y heredero del trono, aún de muy tierna edad.

María contaba diez y siete años de edad y doce la princesa Isabel; el príncipe de Gales iba á cumplir seis.

La educación de la princesa se hallaba ya terminada; pero no así la de Isabel, ni la de Eduardo, y Catalina, queriendo rodearse de afecciones de familia, rogó al rey que los dejase á su lado prometiendo dedicarles todos sus desvelos.

La tierna predilección de Catalina por la juventud y por la infancia, era muy fácil de comprender.

Casada con un anciano más brusco y más exigente que los dos anteriores, su corazón necesitaba afectos dulces que la halagasen.

Muy pronto se apercibió la nueva reina de la violenta antipatía que dividía á las dos princesas, y procuró borrarla con sus cariñosos consejos, por la persuasión y la dulzura, y, si no lo consiguió del todo, logró al ménos captarse sus voluntades.

Habia en derredor de la reina otros muchos seres que la amaban; dos de las jóvenes pupilas que tenía en su castillo, y que se hallaban próximas á contraer matrimonio, se habian casado ya; las cuatro, que quedaban aún solteras, se afligieron mucho al pensar que la elevación de Catalina iba á privarlas de su amable y tierna protección, y que tendrían que volver á casa de sus parientes; pero la reina las tranquilizó muy pronto, llamándolas á su lado, así que se sentó en el trono y demostrándoles que sus sentimientos no habian cambiado para ellas.

Catalina Parr, joven, hermosa, llena de talento y de virtudes, se llegó á captar completamente el afecto de toda la familia real.

Enrique la amaba y la estimaba al mismo tiempo, y la hizo coronar solemnemente un mes después de su casamiento.

Catalina se presentó para la ceremonia con una majestad que recordaba la incomparable de la reina Catalina de Aragon, y que ya no la abandonó jamás.

Su traje blanco estaba bordado ricamente con ramaje verde y racimos de perlas.

Todas las joyas de su madre, la rica Geraldina Surrey, y las que le habían regalado sus dos esposos precedentes, lucían en su frente, en su pecho y en sus brazos, sin haberse querido poner ni una sola de las de la corona por un exceso de orgullosa dignidad.

Sus hermosos cabellos rubios, caían en largos rizos sobre su frente y hombros como una rica cascada de oro; sus rasgados ojos negros brillaban como dos estrellas y cubría su blanca tez un vivo sonrosado; sin embargo, Catalina no era feliz.

Bajo su corona real se agitaba un pensamiento desolador; el recuerdo de la ingratitud y cobardía de Tomás Seymour, que la había abandonado, renunciando á su amor.

Al subir á la carroza con el rey para volver á palacio, palideció de repente, mirando hácia un lado del gentío con asombrados ojos.

Había visto, entre la multitud, el hermoso semblante de Seymour, y ya ni las salvas con que la saludaban, ni las aclamaciones, ni el repique de las campanas, pudieron borrar la penosa emoción retratada en su semblante.

Por la noche, el rey le presentó á Seymour.

—Ha venido, dijo, á las fiestas de nuestro enlace, señora, y yo, para recompensar su celo y fidelidad, he dado hoy un decreto por el que le nombro Gran Almirante de Inglaterra.

Catalina Parr sonrió amargamente, mirando al Almirante; pero sólo vió una cabeza respetuosamente inclinada delante de ella en señal de homenaje.

Era evidente que Tomás, en presencia de la reina, había olvidado á Catalina.

XI.

El estado del rey era cada día más grave.

Las llagas de sus piernas, sobre todo, las de la izquierda, habían tomado un carácter tan alarmante que los médicos, consternados, se miraban sin saber qué hacer.

Amenazaba la gangrena y las cáries de los huesos, y los dolores eran tan atroces, que el rey se convirtió en una especie de bestia feroz.

Pasaba largas horas rugiendo, desgarrando pañuelos que mordía lleno de furor y, cuando los dolores se calmaban algún tanto, firmaba sentencias de muerte, indistintamente, de papistas y protestantes.

La menor sospecha bastaba para levantar el tajo ó para encender la hoguera.

Catalina, que ostentaba una magnificencia deslumbradora siempre que la ocasión lo exigía, cambiaba por las tardes sus costosas galas por un traje sencillo,

é iba á arrodillarse ante su esposo para curarle las llagas.

Despues de haberse hecho enseñar por los médicos, no quiso ya que nadie la ayudara y desempeñaba esta penosa y repugnante ocupacion, con la más verdadera y tierna solicitud.

De esta suerte pasaron aún tres años y medio.

Los sufrimientos del rey se amortiguaban durante algunos dias para volver luego con mucha mayor fuerza; y ora experimentase algun alivio, ora sus dolores tomasen un aspecto ascendente, todo era igualmente triste para las personas que, por su posicion, se veian obligadas á rodearle.

Despertóse en él de improviso la aficion, de mucho tiempo atrás olvidada ó adormecida, de las cuestiones teológicas.

Catalina era luterana y esto, que habia servido de pretesto para el repudio de Ana de Cleves, no habia sido notado siquiera por el rey, hasta el dia en que se dijo que tendria en su esposa una digna adversaria por sus talentos y su instruccion.

Cada día más aficionado á mortificar y á hacer sufrir á todos los que vivian en su intimidad, Enrique ponía á su esposa en graves apuros, para no contradecirle abiertamente, y al mismo tiempo para conservar las cuestiones que promovía todo el tiempo posible á fin de entretenerle.

Suscitaba el rey una cuestion de controversia, y

para hacer brillar la elocuencia de su esposa, trataba al mismo tiempo del caso y de la refutacion, lo cual comprometia en extremo á Catalina, pues su ridiculo esposo ni queria ser vencido ni que le diese la razon, cuando él sabia que no estaba de su parte.

Cuando ménos se esperaba, el rey llegó á agravarse mucho.

Una fiebre aguda se encendió en sus venas y hubo de guardar cama, presa de terribles dolores.

Una noche, Catalina, sentada á la cabecera del enfermo, sostenia con él una discusion acalorada, y olvidando su habitual prudencia, se atrevió á demostrarle que estaba en un error.

El rey frunció el ceño de un modo terrible; pero disimuló el enojo, aceptó los últimos cuidados que la reina le prodigó con su bondad y ternura acostumbradas, y le dió sonriendo las buenas noches.

Cuando hubo salido Catalina, Enrique se volvió al arzobispo Crammer, y le dijo.

—Mañana temprano hareis prender á la reina.

Y como todos callasen embargados por el terror de tan inesperada decision, prosiguió diciendo:

—Se reunirá el consejo y se la juzgará como hereje; la acusacion la presentareis vos, Crammer.

Todos se retiraron consternados, porque la dulce, la benéfica, la amable Catalina Parr, no tenia enemigos.

Seymor, que era de los que se hallaban en la al-

coba del rey, voló á su casa y escribió á Catalina el siguiente billete:

«Señora: un peligro de muerte os amenaza.

»El rey ha mandado que os prendan mañana á la »madrugada.

»Si no teneis medio de conjurar el peligro, huid.

»Os lo pide el que jamás ha dejado de amaros.

»Quemad esta carta así que la leais.»

Despues de escrito este billete, el mismo Seymour le llevó á palacio.

Entró en la habitacion del rey, y saliendo de ella sin afectacion alguna, fué á la de la reina.

Llamó, y la puerta fué abierta por una de las damas.

—Para la reina, de parte de S. M. el rey, dijo presentándole la carta.

Catalina la leyó y pasó toda la noche meditando y pidiendo al cielo que le enviase un pensamiento salvador.

Quería vivir por Seymour, á quien amaba con pasion, y del que sin duda era aún tiernamente querida, segun lo decia la muestra de amor que acababa de darle.

Su buen talento y su dignidad le inspiraron, por fin, un partido más noble que la huida.

Así que el alba derramó su primera luz, fué á la

cámara del rey y le manifestó su temor de no haber comprendido bien la grave cuestion de la víspera.

Enrique, muy lisonjeado en su amor propio, se la explicó de nuevo.

—¡Ah, señor! exclamó Catalina como sorprendida y avergonzada. Dejadme que os pida perdon del error en que he estado!

En aquel instante se presentó un capitán de guardias á la puerta de la cámara.

—¿Qué quereis? preguntó el rey desabridamente.

—Señor, respondió aquel, su gracia milord Crammer, me ha dado órden...

—¡Crammer es un necio, y vos un importuno! respondió el rey sin dejarle acabar; ¡retiráos y dejadme!

La reina comprendió que no tenia nada que temer, al menos por entónces.

En el trascurso de aquel dia, pudo verse que el rey se acercaba rápidamente á su fin.

A las dos de la tarde los médicos notificaron á la reina que su augusto esposo entraba en la agonía.

Reinaba un silencio profundo.

El rey, lívido é inmóvil, tenia los ojos fijos, y sus cabellos negros, sembrados de algunas canas, se erizaban sobre su frente, cubierta con el sudor helado de la congoja.

De repente se incorporó, gritando con ronca voz: —¿Dónde están el Duque de Norfolk y su hijo?

—En la torre, señor; respondió uno de los cortesanos. V. M. los mandó prender como reos de la alta traición.

—Ah, sí... ¿Y por qué?... ¿Por qué fué? ¿Qué es lo que han hecho? preguntó el tirano, cuya razón se oscurecía cada instante más.

—Señor, llevan en el pecho y bordadas en sus trajes, las armas del rey Eduardo *el confesor*; su ascendiente.

—¡Oh, sí, sí, ahora lo recuerdo! gritó el rey en un acceso de furor; pues al tajo, al tajo con ellos!... ¡Que muera hoy el hijo... y el padre mañana para que vayan á encontrar á su glorioso ascendiente!...

Nadie osó moverse.

—¡La sentencia!... ¡Al instante la sentencia! rugió Enrique que se revolvía con furiosos dolores: ¡al instante la sentencia... que la quiero firmar!

En efecto: media hora despues, firmaba el rey la sentencia del padre y del hijo.

Este último fué decapitado en la misma tarde.

La reina, trémula de espanto, tuvo fuerzas, no obstante, para cumplir con un deber que consideraba sagrado en aquellos instantes.

Señor, dijo con timidez, no querríais ver á las princesas, vuestras hijas? ¿No podríais perdonarlas en esta hora suprema? ¡Mirad que están degradadas de su rango y que son dos niñas inocentes! ¡Dejad que las traiga para que reciban vuestra bendición!

—¡Que vengan!... respondió el rey con voz débil.

La reina envió al instante á buscarlas, y se quedó esperándolas á la puerta de la cámara.

Luego que llegaron, las tomó de la mano y se adelantó con ellas hácia el lecho del rey.

Las dos princesas se arrodillaron y tomaron las manos, ya casi heladas, de su padre.

—¡María, dijo á su hija mayor; ya ves que me muero, y he querido daros el último adios!... ¿Lo oyes, Isabel? ¡El último! Prometedme lo que voy á pedir.

—Hablad, señor, respondió María con voz ahogada.

—Eduardo va á sucederme; prometedme ámbas protegerle como á un niño, amarle como á hermano y respetarle como á rey.

¡Os lo juramos, señor! respondieron llorando las dos princesas.

El rey dejó escapar un gemido; movió la cabeza repetidas veces, y luego, volviéndose hácia el lado en que se hallaban la reina y las princesas, exhaló un prolongado suspiro.

¡El rey ha muerto! dijo con solemnidad el más anciano de los médicos.

Un heraldo abrió el balcón de la cámara real; dos Grandes agitaron los estandartes del reino, y se dejó oír por tres veces este grito solemne, y que siempre ha conmovido hondamente á los pueblos.

—¡El rey Enrique VIII de Inglaterra, ha muerto!  
¡Larga vida al rey Eduardo VI!



XII.

Al oír el pregon real, Inglaterra respiró, aliviada de la atroz tiranía que, durante tantos años, la había agobiado.

Ya no existía el tirano.

Retiróse el tajo, que debía servir para la ejecución del Duque de Norffolk; pero la cabeza de su desgraciado hijo había rodado el día precedente, y ya no se le podía volver á la vida.

La reina se llevó á las princesas á su cámara, y allí las dos huérfanas desconsoladas, se arrojaron en sus brazos.

María é Isabel ya no se odiaban, ó al ménos, su ódio había abierto una tregua, al hallarse en la misma soledad de todo afecto.

El cadáver del rey, encerrado en una caja de plomo, se depositó en la capilla medio arruinada del

monasterio de Sion, el mismo que habia servido de prision á la desgraciada Catalina Howard.

Asegúrase que las personas encargadas de velarle aquella noche, se retiraron á dormir terminados los oficios de la tarde, dejando así, á la sombra del rey difunto, defenderse, como mejor pudiera, de las sombras de los monges, que habia enviado á la hoguera, y cuyo monasterio habia reducido á cenizas.

Hemos seguido, lectores míos, en su perigrinacion por la tierra, no sólo á las seis mujeres del rey, sino tambien al rey mismo, desde su nacimiento hasta su muerte, porque mi propósito es daros en esta *Galeria* una especie de historia universal de todos los pueblos y de todas las naciones.

Eduardo VI subió al trono á la edad de nueve años y algunos meses, y fueron nombrados tutores del rey y protectores del reino, Tomás Seymour y el Duque de Somerset, ámbos tíos del rey, y el primero, antiguo amante de Catalina.

La suerte, pues, volvía á igualar sus jerarquías y el amor vivía aún en sus corazones.

La reina, pasados los primeros días de su viudez, se retiró al pintoresco castillo de Chelsea, situado á orillas del Támesis, y que formaba parte de sus inmensas propiedades.

Antes de partir, llamó á las princesas y les preguntó si querían seguirla, advirtiéndoles tiernamente que toda su vida hallarian en ella una madre cariño-

sa y que de todo cuanto poseía, como opulenta dama y como reina viuda, podían disponer las dos hermanas.

—Gracias, señora, respondió María con el suave acento que sólo habia empleado para hablar á Orde-ner de Ainsworth, y que habia recobrado para hablar á Catalina; gracias: si algun día padezco, no dudeis que iré á vuestro lado; si algun día sufrís, llamadme ó venid al mio; pero ahora prefiero quedarme en la córte y al lado de mi hermano; toda mi vida he andado errante, desterrada de castillo en castillo, y estoy ávida de ocupar mi sitio en la córte.

—Y vos, hija mia, ¿qué decis? preguntó Catalina dirigiéndose á Isabel.

—Yo, señora, partiré con vos; María basta para acampañar al rey, segun nos encargó mi padre que hiciéramos, y deseo pasar en el campo algunos meses.

—Adios, pues, María; dijo Catalina que trataba á las hijas de su eposo con una amorosa llaneza; escribidme y contad siempre conmigo.

La reina viuda y la princesa se abrazaron, y luego se abrazaron tambien las dos hermanas, pero con mucha más frialdad.

Aquella tarde partieron para Chelsea Catalina é Isabel, que iba vestida de luto, pero cuyo rostro respiraba alegría y placer.

Era una hermosa niña, alta para su edad, pues

sólo contaba doce años y medio; su blanca téz, ligeramente rosada, sus rasgados ojos azules, tristes y llenos de altivez, su nariz aguileña y sus largos cabellos castaños, la hacían encantadora.

Era seria y meditabunda, y más propensa á la melancolía que al contento; pero, después de muchos meses de encierro, respiraba por fin el aire embriagador de la libertad, y, á la edad de la princesa, la libertad es la vida.

Pronto llegó la comitiva al castillo; la reina llevaba una pequeña corte que no había querido abandonarla.

Al bajar del coche, tomó de la mano á la princesa Isabel y la condujo á una cámara separada solamente de la suya por una galería.

—Hija mía, le dijo sentándose y colocando á la niña sobre su regazo; aunque los tutores del rey os han señalado rentas y servidumbre, podeis apetecer algo más, y en ese caso acudid á mí con toda confianza; mi deseo mayor es complaceros en todo; trajes, joyas, carruajes, servidores, todo aquello que deseéis y que esté en mi mano, se os concederá; ¡pobre niña! ¡Habeis sufrido tanto, que ahora quiero y he de conseguir que seais completamente dichosa!

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de Isabel.

Catalina Parr era para ella una verdadera madre.

—Mirad, añadió la augusta viuda; he dispuesto que

almocemos á las diez, que comamos á las tres y que cenemos á las nueve: ¿teneis algo que oponer?

—Nada, señora, respondió Isabel con cariño y gratitud; disponed y mandad; yo estoy en vuestra casa, en casa de mi buena madre, á la que amaré y respetaré siempre.